

Semilla y campo —palabra de Dios y alma humana— son objetivo común estudiado por los autores. Aparece eficaz el sistema de Cardinje de “ver, juzgar y actuar” consagrado más tarde por la “Mater et Magistra”; como aparece, no menos, el sistema de marcha que pasa de lo concreto a lo conceptual, a fin de que sea la persona de Cristo el objetivo inicial del que habrá que pasar después a los conceptos, a su doctrina.

Las condiciones del pedagogo han de cobrar relevancia y postura: asimilación suficiente del mensaje, competencia expositiva, fe, esperanza y caridad teologales, alegría y constancia. Junto a estas virtudes se dejan sentir pronto los defectos opuestos entre los que destacan el cansancio de los buenos, apuntado ya por Pío XII, y la falta de adaptabilidad a lo cambiante de las circunstancias humanas.

El libro va dirigido a los educadores a quienes servirá de punto de meditación y de arranque en sus actuaciones.

Si damos cuenta de él aquí, es como una muestra de que el teólogo no debe olvidar nunca que en última instancia, su tarea debe confluir en la formación cristiana del Pueblo de Dios.

AGUSTÍN ARBELOA

M. J. LE GILLOU, O. CLEMENT, JEAN BOSCH, *Evangile et Révolution* Paris, Ed. du Centurion, 1968, 128 pp.

Este pequeño volumen recoge trabajos de corte muy diverso pero con una indiscutible unidad: son una reflexión de tres conocidos teólogos —católico, ortodoxo y reformado— ante los acontecimientos de la vida pública y cultural francesa ya conocidos con el nombre de “revolución de mayo”. Como las cuestiones planteadas por aquella situación trascienden a la circunstancia local y son de hecho símbolos de toda una actitud del espíritu contemporáneo, el libro es de un gran interés general. Consta de un “manifiesto” que en un día dieron a conocer sus tres autores y que titulan “La crise de mai. Essai de discernement chrétien”. Después un artículo del dominico P. Le Guillou, “Reflexions chrétiennes sur la violence” y por último un escrito del teólogo ortodoxo O. Clement: “Essai de réponse chrétienne à l’athéisme contemporaine”.

El hecho principal que analizan tiene tres vertientes: 1.ª “La primauté absolue de l’amour de Dieu est fortement contestée. Il n’est d’amour de Dieu qu’à travers la médiation de l’amour du prochain, lui même exclusivement exercé à travers la médiation du politique”. 2.ª “Nombreux chrétiens ne voient de salut que dans la révolution violente”. 3.ª “Des communautés chrétiennes et des communautés religieuses se divisent sur la signification même de l’Evangile” (Cfr. p. 13). Según los autores esta actitud significa la ruina del mensaje evangélico.

Desde tradiciones confesionales muy diversas, llegan a un testimonio único acerca de la violencia y la conciencia cristiana. La tesis de fondo que mantienen es la siguiente: es ilusoria la pretensión de fundamentar en el Evangelio la violencia física contra el hombre. “La posición evan-

gética es dura: implica una *violencia* no contra los otros, sino contra uno mismo, una *violencia* tan profunda contra el yo egoísta que, para encontrarse, hay que perderse" (p. 13). "Comme telles, les révolutions de la violence ne libèrent que pour asservir autrement. Les seules révolutions créatrices de l'histoire sont nées de la transformation des coeurs" (p. 34).

Los autores no caen, por otra parte, en una suerte de pacifismo que ignora la necesidad de la acción política en el mundo real. La dinámica cristiana de la no-violencia no transforma a ésta en un "sistema". No pretende "desmovilizar" a los cristianos, sino animarles a tomar una más fuerte conciencia de sus responsabilidades en el mundo político: "los cristianos no pueden dejarse encerrar en el dilema: o enrolarse en una revolución violenta o defender los intereses de un mundo injusto" (p. 46).

Aquí es donde surge la necesidad de una "reflexión racional", iluminada por el Evangelio, para encontrar caminos creadores bajo la propia responsabilidad.

La crisis de mayo y la llamada "teología" de la revolución han puesto de manifiesto que el sociologismo ha llegado a tener carácter sofocante para la conciencia cristiana. Los autores no ven otra salida que una vuelta amorosa a la persona humana. "El cristiano sabe que no hay reformas o estructuras, por necesarias que sean, que no puedan a su vez degradar al hombre: el burgués se da en todas las clases y en todos los regímenes" (p. 35-36). Véase, en este sentido, la lucidez de Oliver Clément, cuando escribe: "Il serait bon aussi que le clergé renonce à régenter la société, même indirectement en lui donnant conseils ou recettes. La mission "royale", héritée et intériorisée par chaque laïc dans une société sécularisée, se situe à l'égard de la hiérarchie dans un rapport non de dépendance, mais de "symphonie". Elle relève de la libre créativité de l'Esprit. Il est de la plus grande importance que les clercs cessent de s'agiter et de bavarder: sinon, ils achèveront de faire du christianisme une idéologie que le monde mettra en série avec les autres (qu'elle soit de "gauche" après avoir été de "droite" ne changera rien). C'est au coeur des existences personnelles acculées au problème du sens qu'il leur faut témoigner, c'est en éveillant la foi dans le Crucifié, en répandant sa vie, qu'ils susciteront des présences créatrices capables de lutter pour la justice sans illusion, ni abandon" (p. 119).

Tal vez el ensayo de O. Clément no supera del todo el "espiritualismo" que, con frecuencia, se insinúa en la teología ortodoxa, interpretado como una invitación a un cierto *contemptus saeculi* colectivo. No es este, sin duda, el pensamiento del autor. Pero hoy, a mi parecer, es muy necesario, al denunciar los horizontalismos aberrantes, dejar absolutamente claro que la condición escatológica del hombre cristiano no niega, sino afirma —porque sana y eleva—, las realidades más profundamente humanas. En este sentido, las fórmulas de Le Guillou —formado en la escuela de Tomás de Aquino— son más vigorosas y sintéticas.

Una advertencia al lector. Cuando O. Clément habla en su ensayo de la necesidad de "comunidades proféticas" que sean "les ateliers de la liberté et de l'amour" (p. 119), nadie lo interprete como fundamentando los "grupos" a que se refiere un escrito anónimo publicado por la revista

“Ecclesia” —que, por otra parte, está muy poco matizado y no discierne suficientemente—. Todo lo contrario, lo que Clément preconiza en su escrito es, hace ya tiempo, una de las más gozosas realidades de la Iglesia actual, dentro, por supuesto, de la más pura ortodoxia y de la más fiel “ortopraxis”. Tal vez sea ello una prueba de qué equivocadamente puede utilizarse una “terminología” y qué perjuicios teológicos puede acarrear.

En efecto, algunos irresponsables, que se autocalifican de “profetas”, y otros, más bien ignorantes, que etiquetan todo lo que demuestra una vitalidad con el apelativo acusador —así lo estiman ellos— de “profético”, están haciendo difícil y ambigua la utilización de una de las nociones fundamentales de la Revelación cristiana. Uno se siente tentado de no servirse más de esta palabra; pero hay que rechazar la tentación: no puede permitirse que, una vez más, los católicos tengamos que prescindir de las bellas palabras; sobre todo si, como en este caso, el vocablo expresa —bíblicamente— una decisiva dimensión de la existencia cristiana.

*Evangile et Revolution* es un libro que demuestra cómo un teólogo no sólo es un estudioso que trabaja entre manuscritos de épocas pasadas, sino un hombre de fe que reflexiona sobre los acontecimientos del mundo en que vive y que le afectan como persona de su tiempo.

PEDRO RODRÍGUEZ

